

Clásica

Una fiesta musical anual

Espectáculos

Por **Cecilia Scalisi** | LA NACION



Patricia Pouchulu, batuta en mano. Foto: Santiago Filipuzzi

**Concierto de la bella música / Dirección: Patricia Pouchulu / Solista: Xavier Inchausti (violín) / Obras: Obertura Las Hébridas op 26 (Mendelssohn-Bartholdy), Concierto para violín y orquesta Op 35 (Chaikovski) y Sinfonía N° 5 (Beethoven). Sala: Teatro Avenida
Nuestra opinión: bueno**

El aporte de La Bella Música, con sus ciclos de cámara durante toda una década, es valioso para la vida musical de la ciudad, tanto por la calidad como por la regularidad de sus propuestas. A esa actividad se suma un concierto sinfónico anual, al final de cada temporada, dirigido por la mentora de la institución, la propia Patricia Pouchulu, con gran mérito por el esfuerzo que implica el emprendimiento y la capacidad de convocar a público e instrumentistas. A cargo de una agrupación formada ad hoc -integrada por excelentes músicos como la concertino Grace Medina, los chelistas Carlos Nozzi y Edgardo Zollhofer, el flautista Claudio Barile y el cornista Fernando Chiappero, por nombrar sólo algunos, Pouchulu ofreció su concierto a sala llena en el Avenida.

La sublime obertura *Las Hébridas*, de Mendelssohn, sonó correcta y minuciosa, con buen sonido y lindos cantables aunque, por un exceso de celo en la marcación o por tratarse del comienzo del concierto, le faltó soltura. El brumoso clima del Mar del Norte y ese típico aire de nobleza mendelssohniana fueron recreados con estilo.

Con Chaikovski, el programa se adentró en una de las cumbres rusas de la literatura romántica: el concierto para violín y orquesta op 35, obra de gran virtuosismo e inspiración que brinda al solista inmejorables posibilidades de lucimiento. La interpretación de Xavier Inchausti, si bien fue prolija, cómoda y controlada en la dificultad técnica, no alcanzó la esperada cima de expresividad y temperamento que la composición requiere. El primer movimiento, aún con un tema central brillante y un segundo tema lírico que ofrece contrastes para aprovechar, fue tornándose monótono. En su acompañamiento, también la orquesta fue desdibujándose hasta perder impulso y cohesión en el Andante. Un par de bellas entradas de la flauta aportaron vida al movimiento. En el Allegro final -verdadera apología del virtuosismo que Inchausti sorteó sin inconvenientes también se echó de menos algo del vuelo artístico y la libertad romántica del genio ruso.

Con la 5a Sinfonía de Beethoven, la orquesta encontró su brío y expresión. La obra trascendió comprendida en profundidad (en la conexión de los elementos temáticos; en el carácter y amplitud con que ellos se desarrollaron; en la tensión que mantiene unidos esos elementos y en la intención traducida en la gestualidad del conjunto). Con el Beethoven trágico la sinfonía de "la llamada del destino" Pouchulu logró una interpretación más integrada; con presencia y buenas dinámicas, obtuvo lo mejor de la noche.

Las pocas pero reconocidas mujeres que ejercen la dirección orquestal al más alto nivel (como la exitosa australiana Simone Young) reniegan a menudo del énfasis puesto en la condición femenina a la hora de valorar su trabajo. Sin embargo, y dado que el oficio sigue siendo un territorio de los hombres, no puede dejar de subrayarse el mérito de cada mujer como en este caso Patricia Pouchulu que desempeña una labor que conjuga talento y vocación, con carisma y liderazgo.

Copyright 2013 SA LA NACION